

Rimbaud A / Z

Contemplaciones en orden alfabético

JORGE ESQUINCA



Gobierno del Estado de Jalisco

Mtro. Enrique Alfaro Ramírez
Gobernador del Estado de Jalisco

Mtro. Juan Enrique Ibarra Pedroza
Secretario General de Gobierno

Mtro. Hugo Manuel Luna Vázquez
Jefe de Gabinete

Mtra. Anna Bárbara Casillas García
Coordinadora General Estratégica de Desarrollo Social

Mtra. Lourdes Ariadna González Pérez
Secretaria de Cultura

Mtro. Álvaro Octavio Lara Huerta
Director de Desarrollo Cultural y Artístico

David Izazaga Márquez
Jefe de Publicaciones

Rimbaud A/Z. Contemplaciones en orden alfabético

Primera edición, marzo 2023

D.R. © Jorge Esquinca

D.R. © Secretaría de Cultura
Gobierno del Estado de Jalisco
Zaragoza 224, Colonia Centro
CP 44100, Guadalajara, Jalisco, México

D.R. © Bonobos Editores S. de R.L. de C.V.

ISBN: 978-607-8532-96-4 (Bonobos Editores)
978-607-734-213-7 (Secretaría de Cultura de Jalisco)

Impreso en México
Printed in Mexico

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del titular de los derechos patrimoniales.

Y allí, entregado al acontecer de la imagen, oyó el corazón del sueño, suavemente, luego cada vez más claro; oyó latir el corazón del sueño. Porque en el recuerdo que subía hasta él, o en el cual se hundía, sin poder distinguir la dirección en la inmovilidad del acontecer, en esa radiación que brotaba y absorbía, en esa indeterminación del encuentro del más inmóvil confundirse todo, se encerraba no menos inmóvil y maleable lo que él siempre había buscado en el lenguaje o en la poesía, mas se había extinguido de nuevo por el conocimiento, aniquilado todo lenguaje, aniquilado todo poema, de modo que ya sólo se traslucía el último abismo en que radica el sueño, como si fuera la última forma...

HERMANN BROCH, *La muerte de Virgilio*

LA IMAGEN (IN)MÓVIL

Más allá de los miles de páginas que se han escrito sobre la obra-vida del poeta francés Arthur Rimbaud (1854-1891), hay una zona de fascinación que persiste y que seguramente continuará sometiendo bajo su poder a los lectores de mañana. Este breve conjunto de contemplaciones (del latín *contemplare*: poner la atención en algo material o espiritual; considerar o tener presente algo o a alguien) no tiene otro propósito que dejarse llevar por los misterios vislumbrados a la extraña luz de esos dominios. Aun sin haberlo leído, los poetas, hombres y mujeres de las más recientes generaciones, transitan con enorme libertad por los caminos que un visionario Rimbaud abrió para la poesía, pues cambió los paradigmas, fijó vértigos y al hacerlo mostró una nueva manera de ver y estar en el mundo. Internarse en el *mito* de Rimbaud tiene riesgos que deben asumirse. Sin embargo, mi propósito no ha sido esclarecer nada. Tal vez sólo aprovechar la ductilidad de un vehículo como el lenguaje para convocar a los posibles lectores hacia esa zona de la poesía que, una vez inaugurada por Rimbaud, se consolidó como una nueva manera de entender, en la dimensión más amplia de la experiencia humana, aquello que tal vez somos, aquello que tal vez sea el mundo. Una visión fascinante, insisto, y de la que es imposible salir indemne. Los testimonios de inconta-

bles autores, ensayistas, investigadores, biógrafos, así como aquellos confiados a los familiares y contemporáneos del poeta han servido muchas veces como detonadores de mis propias averiguaciones. Al no tratarse de un libro académico he optado por dispensar al lector de las copiosas notas acostumbradas. Confío en que su curiosidad se verá compensada con la bibliografía que entrego al final del volumen. Al citar versos y cartas del poeta he acudido al noble trabajo de incontables colegas traductores, pero también he aportado mis propias versiones. En su nomadía perene, que la muerte no interrumpió, Arthur Rimbaud transita con su libertad sin adjetivos por mis sueños y vigilias desde que lo leí por primera vez a mis 18 años. Este libro es el esbozo de uno que quizás imaginé entonces y es, por su misma condición transitoria, una suerte de *work in progress* que podría indefinidamente continuar y que entrego a mis pacientes editores en su estado menos provisional. Se trata de una aproximación nada ortodoxa hacia aquello que, llamándonos desde el corazón de la realidad, está destinado a estrellarse de frente con algo que *nada tenga que ver con las apariencias actuales*.

San Antonio Tlayacapan, Jalisco, 2022

A NEGRO

Es el abismo. La oscuridad original de la que todo surge y a la que todo habrá de volver. Es la noche –*negro pirata que desembarca en cielos de oro*– por la que se avanza a tientas. Es el color del pozo, el de los ojos de las bestias, el del surco que traza el arado o la rueda de la carreta. Es la herida en la tierra. La humana pupila, justo en el centro del ojo; los ojos, en los que *rueda* la noche. Y es precisamente lo opuesto a todo lo que huele a civilización: “Sí, tengo los ojos cerrados a vuestra luz. Soy un animal, un negro”. *A, negro corsé velludo de moscas brillantes/ que pululan en torno a crueles pestilencias,/ golfos de sombra*, escribe Rimbaud en la primera estrofa del célebre soneto. Un sexo femenino. Un almácigo de hongos venenosos. Es el hastío, la inmovilidad, la gangrena. La “bilis negra”, también. El humo de los incendios, el tizne de las fábricas, el fragor de la metralla. Sol negro, sangre negra, perfumes negros, tics negros. *Libro pagano, Libro negro*, dos títulos para el libro que después cambiaría para siempre. Negro de la Alquimia, de la *nigredo*, la putrefacción indispensable para la realización de la Obra: *Mas la negra alquimia y los santos estudios/ repugnan al herido, sombrío sabio orgulloso*. En “Las manos de Juana María”, la savia de la belladonna es negra. Un traje negro para su Primera Comunión:

*los niños de luto contemplaron las maravillosas imágenes; el cura viste de negro (noir grotesque), el niño siente la negra pestilencia de sus pies. Y ese extraño ídolo que aparece en “Infancia”, mexicano y flamenco, tiene los ojos negros. Negro: el vocablo aparece más de cien veces, y seguido es funesto y mórbido. Negros son pájaros, demonios, esqueletos, países, miradas y –añade Claude Jancolas– se vuelve más ominoso cuando apaga lo que habitualmente brilla: el cielo, flores y frutos, el sol mismo. Qué música, qué lección de tinieblas. ¿Herencia del negro sol de la melancolía en el laúd de Nerval? ¿Se advierte la mirada de Baudelaire tras la densa, perfumada, negra cabellera de Jeanne Duval? Cuando –en una estrofa de sólo cuatro versos– una estrella llora un llanto color de rosa, hay de inmediato, a su lado, un hombre cuya sangre es de color negro. Durante una velada, con un sabor a tinta china, un polvo negro llueve dulcemente. Negras son las calles donde el Esposo Infernal recoge a los santos bebedores. Como una flor de lis, como un fantasma, envuelta en largos velos, flota Ofelia sobre un río negro. “Vestida de negro como la Reina de la Noche, Isis llegó a Biblos y se sentó junto a una fuente”. (Pietro Citati). La noche es abisal y el horror, lo sabemos con Santa Teresa, lo constatamos con San Juan, es místico. Pero en Rimbaud parece haber sólo una breve e intensa *Temporada en el Infierno*. A lo largo de cinco años, en una finca a orillas del río Manzanares, Goya pintó *al**

secco una serie de 14 obras a las que se les conoce como *Pinturas negras*. Dos de éstas –*Saturno devorando a su hijo* y *Aquelarre*– suelen asociarse con líneas de Rimbaud o de su maestro, Baudelaire. “Papa negro” se le llama, desde el siglo XVI, al Prepósito General de la Compañía de Jesús, y el poeta de Charleville se burla de Verlaine –que había sido su amante– llamándolo, despectivamente, “Loyola”. Cuervos en la última pintura de Van Gogh: sobre un trigal donde se divisa un sendero que no va a ninguna parte. *Señor, cuando hiele en los prados/ y en las aldeas derruidas/ cesen los ángelus interminables,/ haz caer desde los vastos cielos,/ sobre la naturaleza desflorada,/ a los queridos, los deliciosos cuervos*. Un cuervo cruza un cielo negro como un mensajero, sólo que no sabemos de qué.